

Maestra en esas lejanías

En semejante lugar, una maestra sola. Apenas si llevaba quince días. Con veintitrés años y un hijito



que a ella que poblado antes de llegar a todo tuviera que enviarlo a casa.

Ella lloraba cuando, en canoa, los nativos la llevaban a su escuela. La lejanía es algo que nos duele; no estamos hechos para ella. Los árboles se callaban para ver y oír mejor lo que pasaba. Se escuchaba, acompasado, el ruido de la tangana^[1] que empujaba la canoa río arriba, y nada más. Los nativos miraban hacia el agua y creían que era la del río. A ella, a la que iba a ser la profesora de sus hijos, no se atrevieron a mirarla. Siguieron con tangana llevándosela por el río. Para no desengañarse, ni miraron a la niña acucillada. Y soñaron..., soñaron que era sólo el agua del río la que corría; la del río que se acerca, que pasa y que se va. Repitiendo siempre, eternamente repitiendo el acercarse y el pasar, para marcharse luego por su cauce sin parar.

^[1] Palo largo con el que se impulsa la canoa cuando el lecho del río es poco profundo.

F.P.

Publicado en Ciudad Redonda

www.ciudadredonda.org/articulo/maestra-en-esas-lejanias